

V. Blasco Ibáñez

Aves errantes

(Fragmento de la novela inédita *La voluntad de vivir*)  
(*Caras y Caretas*, 10-8-1907; *El Mexicano: periódico político y de información*, 2 y 3-11-1910)

Al llegar el otoño, una avalancha de gente cosmopolita cae sobre París, lugar de reposo para los extranjeros, encrucijada donde se ponen en contacto con los caminos continentales, punto de etapa y descanso de todos viajes por Europa.

Toda esa muchedumbre errante que posee dinero, pero carece de hogar; que tiene una patria, pero apenas si se acuerda de ella, por la lengua natal, desfigurada y aplastada bajo otros idiomas, agrúpase en el Gran Hotel, lujoso caraván serrallero, que se levanta en el centro de París, como una nueva torre de Babel.

Las cinco de la tarde. El hall del Gran Hotel tiene todas sus mesas ocupadas. La luz del sol filtrase pálida y discreta por la cánula de cristales de suave color, reflejándose en los enormes espejos sin azogue de las puertas. Un ambiente fresco, de lugar cerrado, una dulce penumbra, acaricia a los que llegan del boulevard, caldeado por el sol y humeante, bajo las mangas del riego.



Todas las razas de la tierra figuran en esta multitud. En una mesa, un árabe de negra sotana y turbante blanco rasga el tono achocolatado de su rostro con el nítido relampagueo de sus dientes de chacal. Dos *cocottes* deslizan en sus oídos palabras misteriosas que provocan su risa. Un gran señor indio llévase las miradas tras él, pascando entre las mesas su majestad cobriza envuelta en velos blancos de fina transparencia.

Varias yanquis de edad casi provecta, recostadas en sillones de junco, con los pies en lo más alto de las sillas inmediatas, muestran por debajo de sus faldas con tranquilo impudor, un triángulo blanco de las ropas interiores y el abullonamiento de sus pantalones cerrados. Fuman con el velo echado atrás y los ojos perdidos en la cúpula, oyendo a sus *lirats* jóvenes que les hablan en voz queda mirándolas como hipnotizadas por los enormes brillantes que centellean en sus dedos y en sus orejas.

Con una inquietud propia de sus tipos de animales trepadores, marchan por entre las mesas, examinando a las mujeres, negros y mulatos de mirada lasciva y audaz, al aire la estucada pechera de la camisa, pavoneándose dentro del smoking, oliendo de vez en cuando la flor que adorna su solapa. Y pasan también otros jóvenes no menos atildados, de ojos de antílope, bigotillo rizado y tez pálida, con esa palidez mate de los países cálidos, hablando un español meloso, cantando, con terminaciones que se deslizan en coleccionante suavidad.

Todas las lenguas de la tierra suenan bajo la cúpula de los cristales...

Los concurrentes hablan en voz alta con la tranquilidad de no ser entendidos. Se miran de una mesa a otra, sorprendiendo sus conversaciones sin comprenderlas. Los más se conocen por haberse encontrado muchas veces en iguales albergues, sentados a las mismas mesas.

El mundo es pequeño. En el invierno se tropiezan en la Costa Azul, en los hoteles de Egipto o en los trenes rápidos que van hasta Kartoum en pleno Sudán: ahora se ven en París, y antes de una semana tienen la certeza de encontrarse en Vichy o Plombiere, en la playa de Ostende, en las aguas de Withel y de Contrexville, que sueñan como la última palabra de la medicina a la moda.

Son las gentes sin hogar, que corren por Europa, arrastrando el fastidio tras de sus pasos. Van de un lado a otro sin saber por qué, encontrándolo todo igual, como si no cambiasen de lugar, como si trenes y buques, tras mil caprichosas revueltas, los condujeran siempre al mismo sitio. Igual cuarto en los hoteles más distantes; la misma comida, que roe lentamente su estómago, en el Cairo que en Bruselas; idénticas impresiones en todas partes.

Una orquesta de zíngaros morenos y bigotudos, con dolmanes rojos y cabelleras brillantes de cosmético, hacen gemir sus violines en el centro del hall, seguidos por las ávidas miradas de algunas señoras viejas que piensan en el novelesco Rigo....Valses melancólicos, romanzas eslavas de interminable lamento, surgen bajo sus arcos, mientras el público cosmopolita sigue bebiendo y fumando, débilmente halagado en su sensiblería por ese lloro musical.

En el hall, sobre una terraza con balaustrada de mármol, se reúnen y reciben a sus amigos los pasajeros hospedados en el hotel, temerosos de mezclarse abajo con las gentes de las masas, entre las cuales pululan las *cocottes*. Las grandes señoras extranjeras, las grandes señoras parisienses, gozan mudamente contemplándolas y las siguen con ojos benévolos en sus evoluciones, pero manteniéndose a corta distancia.

En esta terraza, políticos españoles o generales sudamericanos, acostumbrados en su país a un respeto idolátrico, se han pavoneado en el centro de un círculo de amigos, a la hora de la digestión, creyendo que abajo el público de todos los países se diría en varios idiomas señalándolos: «Ese es el Napoleón de los Andes...» «Ese es el gran estadista español.» Y nadie los conocía. Y el último violinista de casaca roja llamaba más la atención que el «grande hombre», engañado por el paladeo de su propia gloria.

La presencia de estos eternos viajeros, aves errantes que vuelan por Europa descansando siempre en nidos de alquiler atrae al hall cosmopolita a otros compatriotas más sedentarios que viven en París lejos de su tierra; son en su mayoría españoles de América que muestran orgullo y satisfacción al verse envanecidos en la hermosa ciudad.

Muchos de ellos, de una riqueza relativa, se arruinan lentamente descuidando los bienes que poseen en su país, pero paladean un

inmenso goce pensando en la envidia y la admiración de los que permanecen allá lejos. Perdidos en la batahola de la gran metrópoli, sienten la gran necesidad de buscarse, de unirse, para hablar de la patria lejana, para no moverse entre desconocidos, para recordar el rincón del mundo al que tratan con desprecio en sus cartas y tienen presente a todas horas en su pensamiento.

Los días que llega correo de allá, se buscan, se reconcentran, se dan cita en el hall, enseñándose cartas y periódicos, comentando las lejanas noticias, comunicándose, impávidos, las más atroces murmuraciones, como si la distancia borrara toda conveniencia y todo escrúpulo. Saborean con fruición esta bacanada vital que les envía la patria, y cuando las noticias se hacen viejas y los comentarios se agotan, disuélvese esta concentración de unos cuantos días, reaparecen las ofensas a la vanidad, las envidias que nos mantiene fraccionados, y otra vez cada uno por su camino... hasta que llegue el próximo correo.

¡Pobres bohemios de la vanidad, a los que el dinero priva de tener un hogar, como lo tienen los miserables! ¡Pobres aves errantes, que aletean toda su vida en torno del faro de París hasta que el fuego engañoso quema las alas!